

Martín López-Vega. *Gótico cantábrico*. Madrid: La Bella Varsovia/Poesía, 2017. 118 pp. ISBN 978-84-946544-3-5.

Reviewed by
Luis Ángel Barreto
University of Cincinnati

Bajo el título de *Gótico cantábrico* se recogen textos escritos entre 2013 y 2017 por el poeta asturiano Martín López-Vega. En esta recopilación, el también periodista, traductor, crítico literario y profesor, brinda una suerte de declaración de principios y, también, un *ars poetica* que servirá para enmarcar sus postulados estéticos y vitales. Asimismo, se pueden rastrear aquí distintos autores y personajes que han dejado huella en su escritura.

El libro está organizado en cuatro secciones con tonalidades y ambientes específicos, bajo los cuales subyace una misma inquietud existencial. Para lograr esto, el autor recurre a varios procesos de excavación, de exploraciones arqueológicas en la infancia, en su historia personal y familiar, en los vestigios presentes del pasado. Todo esto se realiza con la firme intención de indagar en la conformación genealógica de esa voz, amalgama de lugares, de tiempos, de lenguas; voces que tiñen esa voz, que la aroman, la articulan.

La primera sección destaca como fundamentación de las siguientes, como punto de partida filosófico, vital. Es también la más diferente, ya que se trata más bien de un relato dividido en escenas breves en el que se narra un imaginario encuentro entre un niño y un sabio en medio de sábanas secándose al viento. Se inaugurarán así una fase de la incipiente voz poética que dará paso a una lúdica búsqueda, a un soltarse y caminar hacia lo desconocido: hacia las afueras más lejanas o hacia el adentro más íntimo, aunque igualmente poblado.

Presentada ya esa anécdota inaugural, es hora de empezar la marcha. La segunda sección abre con el poema que da título al libro y donde se hace palpable esa necesidad de explorar el material sensible que se refugia en la memoria personal y familiar. Se trata de una aventura especial hacia la geografía del recuerdo, esa de los nombres de los lugares, de los antepasados recientes con su herencia de vocablos, de ademanes, que está mediada por las fotografías, por los objetos. Se emprende así una pugna entre el recuerdo y el olvido, pero igualmente se emprende un diálogo que no tendrá otro fin que el reconocimiento mutuo entre lo que habitó el pasado y lo que habita el presente. Estas

personas que han vivido y viven en momentos distintos permanecen separados por el tiempo, pero estarán unidos por la sangre. Es ese lazo sanguíneo, que es de sangre y también de gestos, el que se intentará recuperar como dador de sentido en el poema.

En ese afán de encontrar y de entender, se intentarán varios acercamientos a los mismos hechos del pasado, se accederá a ello a través de diferentes caminos, a través de lentes distintos, diferentes luces. Por lo tanto, todo lo que alguna vez haya sido detectado por los radares de una memoria panóptica (44) servirán para este propósito. Sin embargo, será la mirada sosegada que habita el presente la que ordena ese sinfín de acciones y de voces, será esa la que juzgue, la que se asombre, la que guarde y construya.

En la siguiente sección, el rastreo se dirige hacia el espacio público, hacia lo común y exterior, hacia España, hacia la complejidad de Europa. Aquí, entonces, se fija la mirada en el desbarajuste de la vida contemporánea, en la compulsión del ciudadano de estos tiempos por el consumo desmedido, por los productos ya hechos y pre-digeridos, listos para consumir (74), que no necesitan de mayor esfuerzo sensorial, mental. Los poemas de esta sección muestran la presencia de las marcas, del centro comercial, de la aparición de eso invisible y etéreo que llaman *wifi* (63). Frente a esto, el poeta surge en medio del vacío, incluso del horror (“Égloga moderna de Miklós Radnóti”), como un médium que tiene la capacidad de la clariestesia y puede percibir aquello que está más allá de este mundo en constante aletargamiento. El poeta es un mediador entre mundos y también entre tiempos, siempre en esa frontera entre el aquí y el allá, entre el pasado y el futuro. Se podría decir que, en este sentido, la poesía es un lugar de expectación y de anhelo, o lo que sería lo mismo, de cierta esperanza: “creer/que otra infancia nos está todavía permitida...” (75).

En la cuarta y última sección del poemario se van atando cabos, se van puntualizando tópicos que de una u otra forma hicieron aparición en sus primeras páginas. Luego de los periplos emprendidos, de la excavación incesante e impetuosa, llega una especie de calma, de retorno a un hogar situado en el presente. Después de un continuo ejercicio del *rewind* y del *fast forward*, el poeta se solaza en su cotidianidad, en el amor, en la convivencia: “...los amores perdidos/son planetas que se alejaron a la misma velocidad/que los abandonamos.” (82). Desde estas estancias, se mira al espejo, elabora un *mea culpa* (109), sigue mencionando lugares, nombres propios, formas de vivir y de escribir, y se recrea en ver crecer la belleza entre los intersticios de las frases.

Entre maestros sufíes y yoguis, entre la música hablada en Italia y en Asturias, entre fotografías en sepia desperdigadas, de Poo de Llanes a Iowa, Martín López-Vega escribe *Gótico cantábrico* con palabra líquida, fluida, llamando las cosas por su nombre, en ese ámbito particular que es la poesía, que es, a la misma vez, reivindicación del tiempo y férreo alegato en su contra.